

de antes era mejor ó peor que lo de ahora: no se trata de esto, porque sobre esto no puede haber cuestion. A nosotros, con ser españoles, nos gustan más los gobiernos que hoy tiene la América, que los gobiernos coloniales, porque preferimos lo de nuestro tiempo con sus agitaciones y sus borrascas, á lo de aquellos tiempos con su inalterable quietismo. Y si así pensamos nosotros, ¿qué harán los hijos de estos países, que en lugar de ser colonias, aunque grandes y felices como tales, son hoy pueblos independientes? Lo que nosotros deseamos es que se comprenda y se confiese que el gobierno colonial, aunque no fuera tan bueno como ponderan los que le adoran, no fué tan malo como pretenden los que le maldicen; y esto lo ha de comprender y confesar el señor Esteva, si apartando los ojos de lo que nosotros escribimos, los fija en sus propios estudios, en los documentos históricos, en la tradicion y en los hechos. Puede ser que entonces eche de ver que el gobierno colonial apenas pudo ser mejor para su tiempo; que fué grande, generoso y magnífico, y que México independiente ostenta todavía cien monumentos de aquella generosidad y grandeza, heredados de la Nueva-España.

(LA IBERIA de 12 de Abril.)

CUESTIONES HISTORICAS.

III.

Facilidad de los ataques y dificultad de la defensa.—Pasaje de don Alberto Lista sobre la Inquisición.—Opinion de Irving, de Prescott y otros escritores americanos sobre la legislación española de América.—Sobre la vulgaridad de que todo fué bajo el gobierno español para los conquistadores, nada para los conquistados.—Explicaciones sobre los empleados.—El alto clero y varios vireyes, americanos.—Los indios alcaldes y regidores.—Costumbres sociales.—Lo que dice el "Federalista" sobre una de ellas.—Revillagigedo y otros vireyes.—Minas, agricultura, comercio, &c.—Idioma, sangre, creencias, costumbres, todo, obra de españoles.—Obras materiales.—Ciudades de palacios, hospitales, templos, fortalezas, &c., &c.

En cuatro palabras se puede decir que la conquista fué una iniquidad, los conquistadores unos bandoleros, y el gobierno español de América un tirano; pero no tan pronto se puede probar que es falso todo esto; y por esta razon, aunque nosotros procuramos abreviar lo mas posible este artículo para no fatigar á nuestros lectores, tiene que ser algo largo. Y sin embargo, tienen que faltar en él

mil razones, mil argumentos y mil autoridades, que servirían para poner en claro las glorias de nuestra patria y de nuestra historia, y la injusticia de sus detractores. Acabamos de ver, por ejemplo, á propósito de lo que decíamos ayer sobre la Inquisición, un pasaje del sabio don Alberto Lista, que respondiendo á las censuras hechas contra España con motivo de aquel terrible tribunal, se expresaba de esta manera: « Seguramente no honran á « nuestra nación aquellas tristes escenas (los autos « *de fe*); pero la que no tenga manchados sus ana- « les con el fanatismo y la intolerancia, que nos ti- « re la primera piedra. Los furiosos de los anabap- « tistas de Alemania, de los puritanos de Inglaterra « y de los católicos y hugonotes en Francia, derra- « maron más sangre y causaron mayores estragos « en estos países que la Inquisición en España. *El « mal peculiar y exclusivo de la intolerancia española « fué el obstáculo que aquel tribunal opuso á los pro- « gresos del entendimiento humano.* »

Este fué en efecto el gran daño que hizo la Inquisición, infinitamente más deplorable y trascendental que el causado individualmente á las desgraciadas víctimas del fanatismo.

Por la misma razón indicada antes, tenemos que abstenernos de citar mil autoridades y hechos que demuestran la bondad del régimen español en el Nuevo-Mundo. Con abrir un ejemplar de la Recopilación de las Leyes de Indias, tendríamos bas-

tante para llenar la *Iberia* dos meses; pero no podemos ni queremos, ni tampoco es necesario, puesto que los que tratan de esta materia, saben ó deben saber lo que aquellas leyes decían. Recordamos en este momento haber leído en más de cien pasajes de las obras de Irving, de Prescott y de otros autores americanos, que la legislación española de América fué siempre *humana, benéfica y generosa*, y en muchos puntos *previsora y sabia*.

El hecho es que tenemos que pasar volando sobre un asunto inmenso, porque no puede hacerse de otra manera escribiendo en un periódico, donde todo debe ser pronto, rápido y fugitivo, so pena de que el papel se les caiga á los lectores de las manos.

Repite el *Federalista* la vulgar especie de que todo era para los conquistadores, nada para los conquistados, ni siquiera para los hijos de los españoles nacidos en México; y dice: « El alto clero « era todo español, y en la provision de empleos « civiles y militares *nunca* se confió nada importan- « te á los aborígenes. »

Es máxima de buen gobierno que las autoridades de una provincia no sean nacidas en ella, y aun respecto de algunas como los jueces y otros funcionarios, hubo siempre y hay todavía leyes que así lo disponen. Por este motivo no hubo tal vez en México, durante los tres siglos del gobierno español, tantos funcionarios y altos empleados pú-

blicos nacidos aquí, como nacidos en España. Hay que agregar á esto que como más empleos obtienen los que más lo solicitan, y esto lo hacen mas bien los que residen cerca de los gobiernos que los que viven en provincias distantes, no es extraño que entonces hubiera aquí mas empleados nacidos en España que en México, sin que esto significára que el gobierno tenía por aquellos una preferencia sistemática, ni que hiciera agravio en ello á los otros. Es seguro que el gobierno actual de México tiene más empleados hijos de esta capital y sus inmediaciones, que hijos de Sonora ó Chihuahua; y no por eso se puede afirmar que quiera á los primeros más que á los segundos, ni mucho menos que tenga mala voluntad á estos.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, no es verdad lo que se dice en el párrafo del *Federalista* que hemos copiado. En alguna parte hemos leído que durante el gobierno colonial hubo más de doscientos arzobispos y obispos mexicanos, que ocuparon sus sillas en diferentes diócesis de América y España; y podriamos citar, si hubiera espacio para ello, cien nombres de generales de Ordenes religiosas, inquisidores y otros altos empleos eclesiásticos, que eran mexicanos ó de otros puntos de América. El marques de Cadereita, el de Casafuerte, el conde de Revillagigedo, vireyes de México, no habian nacido en España: los dos primeros eran peruanos, y el último, el mejor de to-

dos, era de la Habana, educado en México. Por centenares se podrian citar los oidores de las Audiencias de Nueva-España nacidos en ella, y por miles los mexicanos que fueron á ocupar en la metrópoli los mas altos empleos eclesiásticos, civiles y militares.

No hubo pues en el gobierno español esa ruindad que se le achaca para con los nacidos en la colonia, indígenas ó descendientes de españoles. Respecto de los indígenas, podriamos probar que hubo muchos que ocuparon altos puestos en varias carreras, especialmente la eclesiástica; pero no hay tiempo para ello. Baste decir que desde el principio se dispuso que á los indios los gobernáran sus propios caciques: « todos los pueblos, aunque sean del rey, dice Gomara, tienen señor indio; » y por una ley se mandaba que hubiera alcaldes y regidores indios en los pueblos; « y estará, dice, el gobierno de los pueblos á cargo de los dichos alcaldes y regidores. » Tenian pues empleos y cargos de importancia los aborígenes.

En cuanto á ciertas costumbres sociales, á las preferencias que tenian los padres por los españoles para darles la mano de sus hijas, no sabemos en verdad qué decir. Tal vez significaba esto algo en favor de los nacidos en España; pero no era en todo caso un oprobio para México, ni tenian de ello la culpa el gobierno y las leyes; puesto que á falta de otras libertades, no conocidas entonces, siempre

hubo aquí libertad para que las mujeres se casáran con quien quisieran. Todavía hoy hay padres é hijas que nos honran queriéndonos bien; y no por eso se puede decir que la condicion social sea baja ni oprobiosa para nadie.

Hace el *Federalista* un justísimo elogio del virey Revillagigedo, pero casi da á entender que él fué el único que merece alabanzas. El fué sin duda el mejor; pero hubo otros muchos que fueron tambien muy sabios y muy buenos gobernantes, como lo prueban las grandes obras con que en lo moral y material enriquecieron á México. No podemos detenernos mas en esto, porque la precipitacion con que escribimos no lo permite; pero el desagüe, los acueductos, las colonias militares, el arreglo de la Hacienda y de la administracion, y otros mil trabajos que hicieron florecer al país, demuestran que antes de Revillagigedo hubo vireyes dotados de muy altas y muy excelentes cualidades.

«¿Qué nos legaron los españoles, pregunta el *Federalista*, en cambio del oro y de la plata que sacaron de nuestras minas, de los tesoros que les dió nuestra agricultura, y nuestro por ellos monopolizado comercio?»

¿Y qué minas teníais, preguntamos nosotros á nuestra vez, antes que los españoles las descubrieran y las explotáran? ¿Y quién os enseñó á sacar de ellas la plata y el oro? ¿Y para quién fueron aquellos metales sino para vosotros y para engran

decer vuestra tierra? ¿Y qué era vuestra agricultura antes que los españoles trajeran los instrumentos de la labranza, los bueyes, los caballos y demas animales domésticos que al mismo tiempo son el móvil y el fruto de los trabajos agrícolas? ¿Y qué comercio *vuestro* monopolizaron los españoles, cuando ellos trajeron tambien acá lo que así se llama?— ¡Qué nos legaron!..... Prescindamos del nombre que teneis, del idioma que hablais, de la sangre que os anima, de las creencias y costumbres que os consuelan ú os enojan; prescindamos de todo esto si quereis y podeis; pero tended la vista en torno, y cuanto veais aquí en gérmen ó ya desarrollado, en materia de vida civil, social y material, incluidas las minas, la agricultura y el comercio; fué obra de los españoles: eso es lo que os legaron; y eso bien vale el haber tenido algun tiempo una misma historia con España y el haber ido bajo su bandera á luchar gallardamente, juntos con vuestros hermanos de la metrópoli, en la Luisiana, en la Florida y en Santo Domingo, contra los franceses y los bucaneros.

«Ningunos, dice el *Federalista*, ningunos bienes (nos dejó España), porque las obras materiales de los españoles fueron *mezquinas*, y se redujeron á aquello que necesitaron: y sus obras intelectuales fueron *nada*, porque nada tenian que pudieran darnos, en el atraso en que se encontraron siempre respecto á las otras naciones de Europa.»

¡Mezquinas las obras materiales de los españoles! ¿Y esta ciudad de México, y Puebla, y Guadalajara, y San Luis, y otras ciento, con sus palacios, con sus hospitales, con sus templos, con sus teatros, con sus paseos, con sus universidades, colegios y academias? ¿Y los puertos con sus muelles y fortalezas? ¿Y el país entero con sus caminos y calzadas, con sus fábricas, sus puentes, sus haciendas y sus gigantescas obras de arte? ¡Mezquinas estas obras! Tan suntuosas son y tan magníficas, que han sido la admiración del universo; tan sólidas, que el pico revolucionario se mella y embota en ellas cuando quiere derribar algunas; y tan lejos están de ser mezquinas, que forman el orgullo de México independiente, y durarán siglos y siglos atestiguando la grandeza y magnificencia de sus autores.

(LA IBERIA de 13 de Abril.)

CUESTIONES HISTÓRICAS.

IV.

Lo que era España al descubrirse la América.—Su pretendido atraso.—Sus obras intelectuales.—Recuerdo de algunos de sus grandes escritores.—Glorias de España.—Su decadencia interior por engrandecer la América.—Magníficos trabajos de los españoles en el Nuevo Mundo.—Lo que dicen sobre esto Humboldt y otros escritores extranjeros.—Ilustración de la América al hacerse independiente.—Quién le había enseñado lo que sabía.—Comparación entre Inglaterra y España, en sus respectivos sistemas coloniales.—Cada nación europea trajo á América lo que tenía.—Desatino de algunas acusaciones contra los españoles.—Los primeros colonos ingleses.—Los "Peregrinos."—Suerte de los judíos en las colonias inglesas.—En las españolas.—Las "Leyes azules."—Intolerancia de los puritanos.—Tolerancia de los cuáqueros y los católicos.—Libertades inglesas.—Gérmen de la libertad municipal que trajo España al Nuevo Mundo.—Inglaterra no deja un monumento en sus colonias.—España deja en las suyas mil ciudades de palacios.

Después de decir que las obras materiales de los españoles en México fueron mezquinas, agrega el *Federalista* que «sus obras intelectuales fueron nada, porque nada tenían que pudieran darnos, en el atraso en que se encontraron *siempre* respecto á las otras naciones de Europa.»

Al descubrirse la América, y durante algunos años despues, España era la nacion más adelantada de Europa en todos sentidos. Dejemos á un lado el esplendor de sus Universidades y la multitud de sus sabios, teólogos y jurisconsultos, ya que esto pasa por ignorancia y tinieblas en nuestros dias; pero los que conocen la historia, saben bien y no pueden negar que era entonces la más adelantada en comercio, en industria, en agricultura, en artes mecánicas y en todo lo que constituye, aun para nuestras ideas de hoy, la grandeza y prosperidad de las naciones. Despues decayó en esto por causas que no tenemos tiempo de indicar ahora; pero siempre es inexacto que estuviera constantemente mas atrasada que las otras naciones europeas.

Es necesario cerrar los ojos á la luz para afirmar que *nada* fueron las obras intelectuales de la nacion que dió un Quintiliano á la elocuencia, un Séneca á la filosofia, un Columela á la agricultura, un don Alonso el Sabio á la jurisprudencia, un Lucano á la poesía, un Mariana á la historia; de la nacion que fué la patria de Cervantes, de Lope de Vega, de Luis Vives y de Feijóo; la primera que inventó el arte de enseñar á los sordo-mudos; la primera que aplicó el vapor al arte de navegar; la primera que inventó y perfeccionó los aparatos para beneficiar las minas; la primera que tuvo inteligencia y audacia para lanzarse á las inmensidades del Océano; la primera que levantó las Cartas marinas y trazó los

grandes derroteros del comercio al través de los mares; la nacion en fin que regaló á la humanidad un mundo.

No, no es verdad eso. La verdad es que si España tuvo un largo período de oscuridad y decadencia, porque sus hijos la abandonaron para consagrarse á engrandecer las regiones americanas, mientras otros se echaron á dormir bajo sus laureles con sus inútiles tesoros, todavía le quedaron entonces grandes glorias literarias y científicas, todavía entonces se ilustró con magníficos trabajos de colonizacion y de progreso en las extensas comarcas del Nuevo-Mundo. La verdad es que mientras la España vieja se despoblaba y se empobrecia, sus hijos prodigaban su inteligencia y su sangre en las tierras de este continente, para hacer de ellas, y especialmente de la Nueva-España, los pueblos más ricos y opulentos del globo. Esto no lo decimos nosotros, no lo dicen los escritores españoles, lo dicen Humboldt y otros cien autores extranjeros que visitaron estos países poco antes de la época en que ellos se conocieron bastante ilustrados, ricos y poderosos para ser independientes. Bastante ilustrados decimos, y es la verdad; y como nadie les habia enseñado nada sino los españoles puesto que se quejan de haber estado herméticamente cerrados á la luz de otros pueblos, resulta no ser verdad lo que mas adelante dice el *Federalista*, esto es, que España nada les enseñó y los mantuvo en su ignorancia.

Dice nuestro colega que Inglaterra sembró el gérmen de la prosperidad actual de los Estados-Unidos, con las leyes que dió á sus colonias; que no puede haber paralelo entre los colonos ingleses, pobladores de aquella tierra, y los aventureros de Cortés, ni entre la administración colonial española y el paternal gobierno de Inglaterra, y que si la comparación se hiciera, «sería padron de vergüenza para la nación que *nos* oprimió tres siglos.»

Hemos de hacer algun dia esa comparación, para que se vea que no hay tal vergüenza para España; por ahora no podemos porque seria muy larga tarea. Preciso es, sin embargo, decir algo sobre esto.

Cada nación europea de las que fundaron colonias en América, trajo á ellas lo que sabia y tenia en usos, leyes y costumbres. Los españoles trajeron á la Nueva-España la religion católica y su espíritu caballeresco; los franceses llevaron á la Nueva-Francia su refinamiento social y su fuero municipal de Paris; los ingleses llevaron á la Nueva-Inglaterra la religion protestante y ciertas libertades políticas propias de sus instituciones.

Acusar á los españoles de que no trajeron aquí lo que llevaron allá los ingleses, no solo es una injusticia, sino también un despropósito: es lo mismo que si se les acusára de no haber enseñado el inglés á sus hijos de América, ó de que estos no salieran altos y rubios como los hijos de los ingleses. Tenemos que conformarnos con parecernos en todo á

nuestros padres, y lo raro y desatinado es que nos pese de que lo fueran ellos y no otros.

Los primeros colonos ingleses que vinieron á los Estados-Unidos, los famosos *Peregrinos*, vinieron huyendo de las persecuciones religiosas que asolaban su tierra natal, y buscaban en el Nuevo-Mundo la libertad y el sosiego que allá no tenian; y sin embargo, ellos traían también consigo el espíritu de intolerancia y de persecucion que les habia hecho abandonar la patria.

Lo primero que hicieron los *Peregrinos* cuando arribaron á la roca de Plymouth, fué empuñar el fusil para ahuyentar á los indios; y ellos y sus sucesores continuaron despues persiguiéndolos, despojándolos y matándolos, hasta no dejar una sola tribu en medio de sus nuevas poblaciones. La historia de aquellas persecuciones y despojos es una triste historia. Los pobres indígenas tenian que ir abandonando sus hogares á medida que los colonos europeos avanzaban; y aunque algunas veces lo hacian en virtud de tratados, y recibiendo una compensación por sus tierras, como sucedió con Guillermo Penn, ni aquellas compensaciones eran adecuadas á lo que perdian, ni se resignaban al sacrificio sino por la fuerza incontrastable de la raza poderosa que invadia sus posesiones. Tocqueville vió cruzar el Mississippi á las últimas tribus arrojadas de este modo á los desiertos, y pinta con patéticos colores el tierno espectáculo de aquellos infelices que en

la orilla izquierda del gran río daban el último adiós á la tierra de sus padres, y cargados con los huesos de sus mayores se dirigian llorando á la derecha orilla para fundar una nueva patria. Ni allí los han dejado tranquilos; y el hecho es que de millones de aborígenes que poblaban aquella tierra, no han quedado más que algunas tribus errantes por los inmensos despoblados del Oeste: todos los demas han perecido por el hierro y el fuego, ó por los trabajos de la vida nómada.

España dejó en México cinco ó seis millones de indios con sus tierras, sus pueblos, sus costumbres, sus autoridades propias y su libertad civil.

¿Quién fué mas paternal con los indios?

En cuanto á leyes, Inglaterra ni siquiera los consideró dignos de dar una sola para ellos, sino que dejó á los colonos que los trataran como quisieran, y ellos lo hicieron como á las fieras de los bosques.

Poco legisló el gobierno inglés para sus colonias; pero tratándose de leyes, basta recordar las famosas *Leyes Azules* que tenian los puritanos de la Nueva-Inglaterra, para demostrar que no tenian nada de paternas. Aquellas leyes pretendian arreglar las cosas mas íntimas de la vida privada y de la conciencia: imponian el silencio y la tristeza los domingos; prohibian el menor asomo de diversion en ellos; castigaban con multas al que tocaba un piano, ó daba un grito de alegría, ó se

vestia ciertos trajes en el día del Señor; contenian, en fin, ciertas prohibiciones que no queremos especificar porque son unas materia de risa y otras de escándalo.

La intolerancia mas implacable fué por largo tiempo el fondo de las leyes y costumbres de los puritanos ingleses de América, y da horror el relato de las persecuciones y venganzas que ejercieron contra los sectarios de otras ideas religiosas. La tolerancia en estos puntos no se introdujo en los Estados-Unidos sino por los esfuerzos que para ello hicieron Guillermo Penn y lord Baltimore, es decir, los cuákeros y (¡quién lo creyera!) los católicos.

Por lo demas, no fué tan paternal como se dice la legislacion inglesa con las colonias, cuando estas no pudieron sufrir ni las contribuciones decretadas, ni la tenaz negativa del rey á sus razonadas exposiciones, ni la obstinacion con que les negó el gobierno toda intervencion en materia de impuestos; y cansadas de pedir y de esperar, se lanzaron á la lucha para hacerse independientes. No hay mas que leer la declaracion de independencia redactada por Jefferson, para comprender que no hubo en el gobierno de Inglaterra tanta sabiduría ni tanta prevision ni un espíritu tan paternal como se dice.

Tuvieron aquellas colonias ciertas libertades y derechos, propios de las instituciones de su país,

y ciertas ventajas comerciales, propias tambien de los buenos principios que en este punto adoptó Inglaterra antes que otras naciones. En esto nos ganaron; pero esto está compensado, entre otras cosas, por una que trajeron los españoles á la América, el gérmen de la libertad municipal.

En los campos de Villalar no habian perecido todas las libertades del pueblo español: quedaba casi incólume la libertad del municipio, fuente de todas las otras libertades, y base de la soberanía del pueblo; y los descubridores y conquistadores de América, que no podian traer las otras porque habian perecido con los comuneros en aquella sangrienta jornada, trajeron esta. Por eso Hernán Cortés no se consideró seguro en el mando sino cuando se le confirmó el primer ayuntamiento de Veracruz: por eso se dejaron á los pueblos de indígenas sus leyes y costumbres, y la facultad de designar sus propios regidores: por eso se vió siempre en la América española, en medio del régimen absoluto, cierta sombra de soberanía popular en la eleccion y atribuciones de los cuerpos municipales.

Por último, y para concluir con las comparaciones, Inglaterra no dejó en lo que hoy son los Estados-Unidos, ni dos piedras una sobre otra en materia de monumentos. Todo es nuevo allí, y ha sido hecho despues de la independendencia. España hizo mil ciudades de palacios en que se alojan hoy los

gobiernos y los pueblos de la América independiente, desde el Oregon hasta el Cabo de Hornos.

Dígase despues de esto, si la comparacion del gobierno español en sus colonias con el inglés en las suyas, es padron de ignominia para España.

(LA IBERIA de 14 de Abril.)